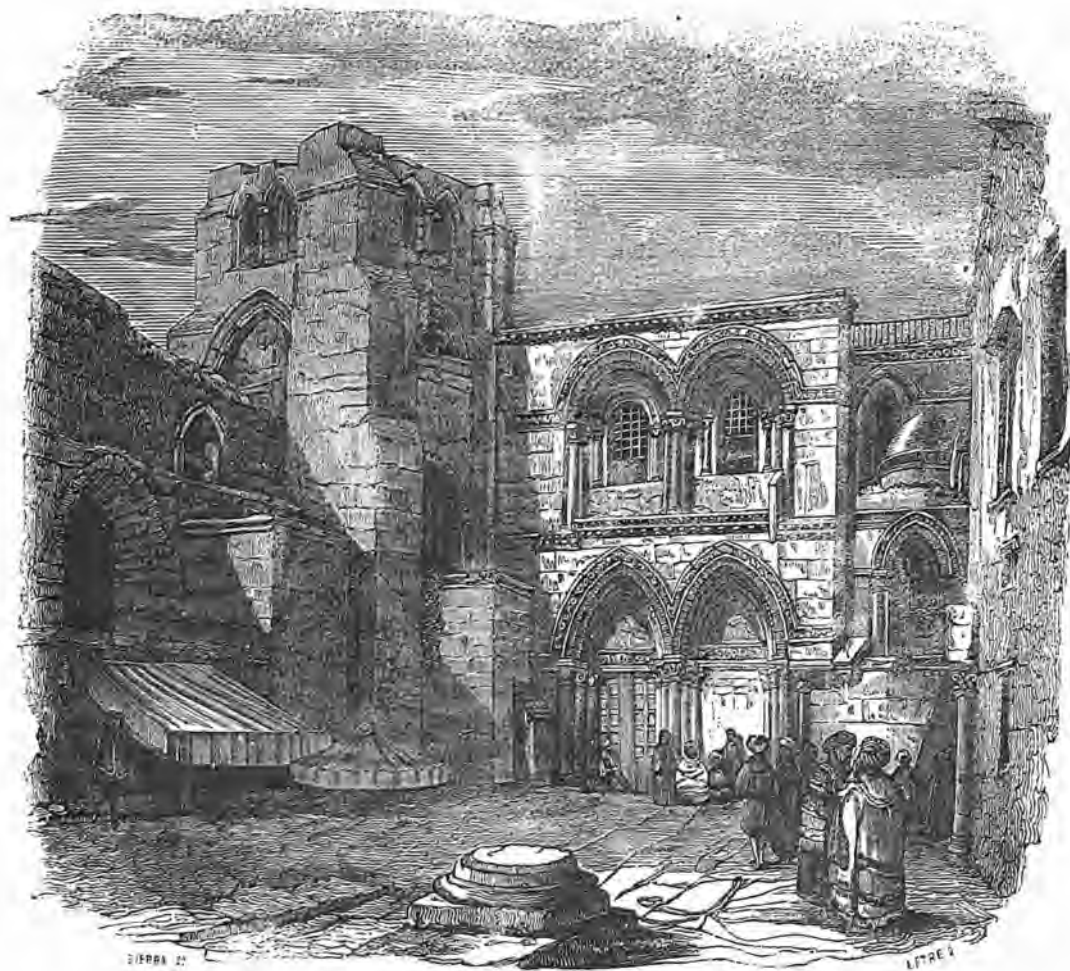


VIAJES.



(Vista exterior de la Iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalem.)

SANTO SEPULCRO.



El deseo de ver con sus propios ojos la mas célebre comarca de cuantas existen en el mundo, conduce á Jerusalem peregrinos de todas las naciones. y á pesar del abatimiento

Judíos, griegos, armenios, abisinios, coptos ó egipcios, italianos, españoles, portugueses, rusos, franceses é ingleses.

Los peregrinos despues de desembarcar en la ciudad de Jaffa, en cuyo promontorio, segun dice la tradicion construyó Noé el arca que en su persona y en la de su familia habia de conservar la especie humana, y desde donde Hiram, Rey de Tiro, envió á Salomon los cedros que sirvieron para construir el templo; desde donde salió el Profeta Jonás para emprender su viaje marítimo, en el

que fué sepultado en el vientre de la ballena; donde Jesucristo dió testimonio de su divina mision resucitando á Tabitha; los peregrinos repetimos, al ver la situacion pintoresca y la deleitosa campiña de la ciudad, esperan encontrar verdaderamente en la Tierra Santa la tierra de promision.

En los jardines que rodean á Jaffa se ven en todas partes granados, cuyas ramas no pueden resistir el peso de las granadas, de un rojo brillante y de extraordinaria magnitud. El naranjo, el limonero, el plátano á pesar sus desmedidas hojas, y todos los frutos de la tierra se ven allí reunidos; pero en aquellos países la naturaleza abandonada á sí misma sin el auxilio del arte, hace medrar los árboles hasta el punto de sofocarse mutuamente.

De Jaffa se sigue á Ramla, atravesando la famosa llanura de Saran, de que tanto se habla en la Sagradas Escrituras. Entiéndese esta llanura á lo largo del mar, desde el Mediodia hasta el monte Carmelo al Norte, y se descubre á lo lejos muchas poblaciones. Al acercarse á Ramla los campos parecen mejor cultivados, y encanta al viajero esta ciudad rodeada de jardines y verjeles. De aquí se llega á un pueblo llamado Amos, donde se paga generalmente un derecho de pasaje llamado *Cassar*, instituido en tiempo de los Reyes de Jerusalem para la reparacion de los caminos de la Tierra Santa que estan abandonados al cuidado de la naturaleza; aunque, como entonces, se cobra el derecho con exactitud. A la distancia de algunas millas de Amos se ven á mano derecha un monton de ruinas rodeadas de cabañas que los árabes llaman *Latronn*, que dicen ser la patria del buen Ladron, que espiró á la derecha de Cristo despues de haberse arrepentido de sus faltas. En seguida se entra en unas montañas de figura cónica, muy semejantes entre sí, y enlazadas unas con otras por su base. Desde el punto mas elevado de esta cadena, se ven por la parte del Poniente las llanuras de Ramla, las colinas de Joppe, y el horizonte del mar hasta Gaza; en seguida se baja á un valle en que se encuentra el pueblo de Anathot ó de San Jeremías, con un pozo que es un beneficio inmenso en una comarca en que falta tan frecuentemente el agua. Al pie de este pueblo en un castillo antiguo vive el célebre Abou-Ghos, Gefe de las tribus árabes de aquellas montañas, el cual tiene abierto ó cerrado el camino de Jerusalem, de modo que no puede penetrarse en él sin su permiso, que es preciso comprar con dinero. Manda al pie de cuarenta mil árabes que habitan las montañas de la Judea, desde Ramla á Jerusalem, desde Hebron hasta las montañas de Jericó. « Del valle de Jeremías, dice » Chateaubriand, bajamos al de Tereomto, el cual es » mas profundo y estrecho que el primero, y está cubier- » to de viñedo y de plantas de cuscú, y llegamos al tor- » rente en que el niño David tomó las cinco piedras con » que hirió al gigante Goliat. Despues de haberlo pasado » por un puente de piedra, se descubre el pueblo de » Keriel-Losta al pie de un torrente seco, parecido á un » camino lleno de polvo. A lo lejos se descubre El-Bire » en la cumbre de una montaña elevada en el camino de » Naplusa, Nabolos ó Nabolosa, la Sichem del Reino de » Israel, y la Neopolis de los Herodes. Seguimos inter-

» nándonos en el desierto, en que algunas higueras sil- » vestres presentan al viento del Mediodia sus hojas » ennegrecidas. Allí la tierra se despojó del verdor que » habia hasta entonces conservado, los lados de las mon- » tañas se ensancharon y tomaron al mismo tiempo un » aspecto mas grandioso y mas estéril. Pronto se acabó » la vejetacion, y hasta desapareció el musgo. El anfi- » teatro de las montañas se tiñó de un color rojo encen- » dido: pisamos por el espacio de una hora aquellas » tristes regiones para subir á un alto collado que tenia » mos en frente. Llegados á él, caminamos durante otra » hora por una árida llanura sembrada de cantos roda- » dos. De improviso al extremo de este llano divisé una » linea de murallas gólicas flanqueadas de torres cuadra- » das, detrás de las cuales se elevaban algunos picos de » edificios; era Jerusalem. »

Los viajeros católicos se alojan siempre en el convento de su religion. Podrian alquilar habitaciones en la ciudad, pero su libertad y sus vidas estarian á merced de las autoridades turcas, cuyo despotismo y rapacidad no tiene límites. El Monasterio de los latinos alimenta á sus espensas á los peregrinos, si son pobres, y si son ricos pagan el gasto de la mesa, pues todos los demas, es decir, la limpia de su ropa, fuego y hoz se dan gratuitamente. Los religiosos que viven en el Monasterio del Salvador son todos Franciscanos españoles é italianos, y aunque no hay en la ciudad un solo fraile francés, el patronazgo de la Tierra Santa pertenece á la Francia. En compensacion ha desaparecido de Jerusalem el idioma de Bomeel, que solo hablan los peregrinos que muy de tarde en tarde visitan la Santa Ciudad.

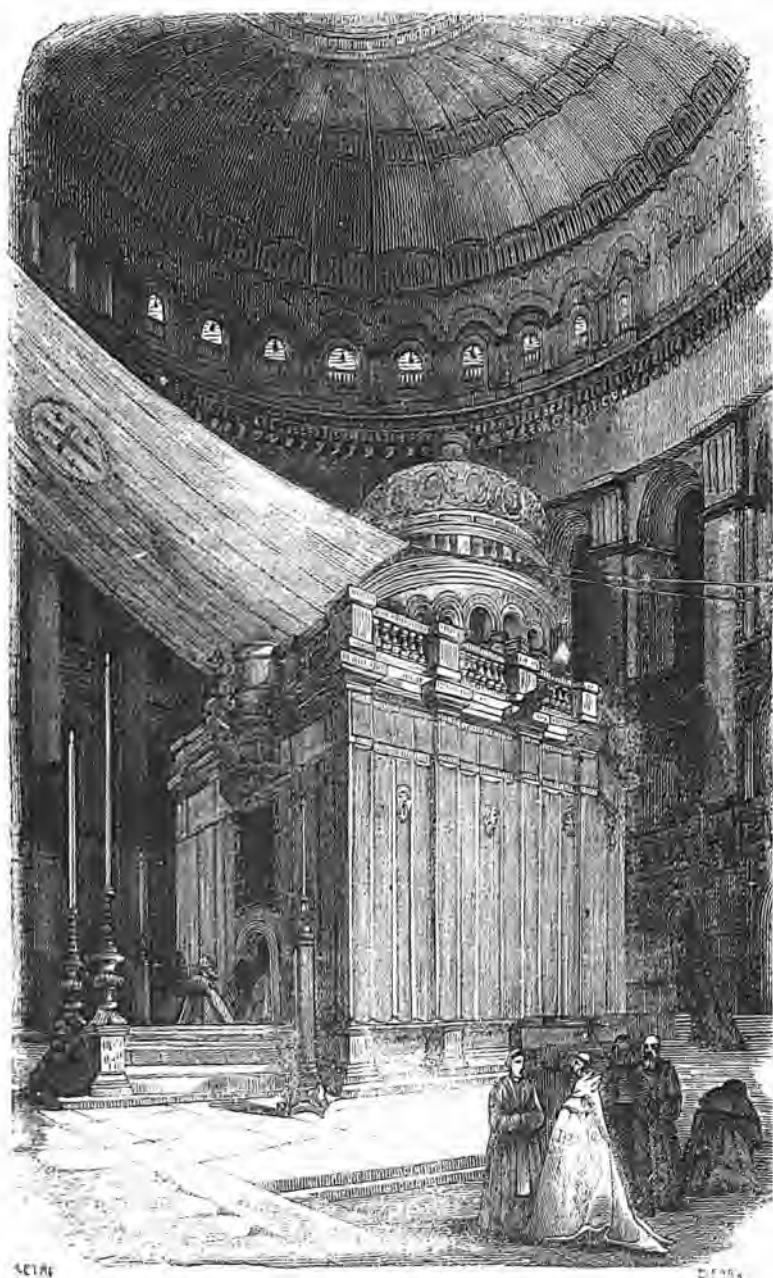
Ninguno de los edificios de Jerusalem es tan importante como la iglesia del Santo Sepulcro de una antigüedad remota comenzada á edificar en el imperio de Adriano ó en el de Constantino, y azolada sucesivamente por Cosroes, Rey de los Persas, y por el Califa Hakem. En esta Iglesia hay trece frailes perennemente encargados de la custodia del Santuario. Viven en unas celdas reducidas, muy húmedas, en las cuales permanecen hasta que los reemplazan otros hermanos.

Cada congregacion cristiana tiene su local en el interior del Santo Sepulcro: véense en él coptos, armenios, jeorgianos, nestorianos, maronitas, abisinios, etc.

Este edificio construido por Santa Elena, comprende el Sepulcro de Jesucristo, el Monte Calvario, y otros muchos lugares Santos. Adelantando en el recinto se entra en la capilla llamada del Angel, en la cual un mensajero celestial anunció á las tres Marias que Jesus habia resucitado. Es un pequeño aposento en medio del cual se eleva un pilar de pórfido. De aquí se pasa á otro donde está el Santo Sepulcro iluminado por una porcion de lámparas que no se dejan apagar jamás. Cubre la cabidad del Santo Sepulcro una losa de mármol blanco. Al entrar en la Iglesia los peregrinos visitan las capillas dedicadas unas á la Virgen y á la Magdalena, y otras que representan algunos hechos memorables de la vida de Cristo. Una escalera estrecha y de veinte escalones conduce al Calvario, montaña en que espiró el Hijo de Dios. Toda ella admira por su magnificencia, pues está cubier-

ta de planchas de plata, de piedras preciosas, de mármol y de pórfido. Debajo de esta capilla se veían poco há los sepulcros de Godofredo de Buillon y de su hermano Baldobino; pero en el año 1807 hubo en la Iglesia un incendio, de cuyas resultas cayó la cúpula con la parte superior de la nave. Igualmente se quemaron todos los altares que estaban en el Calvario, desapareciendo al mismo tiempo los sepulcros de Gofredo y de Baldobino, y

segun se erie los griegos cometieron esta profanacion en odio de los latinos, para quienes eran estas tumbas objeto de glorioso recuerdo. Del primer Monarca de Jerusalem, del héroe del Tasano, no quedó mas que la espada y las espuelas, que todos los viajeros contemplan con respeto: pero si los griegos dispersaron las cenizas de los dos héroes Fraceses, se asegura que los armenios pegaron fuego á la Iglesia del Santo Sepulcro con el objeto de



(Vista interior de la Iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalem.)

alcanzar permiso para reconstruir su capilla, que estaba á punto de desmoronarse. Causados de agenciar inefectuosamente, la incendiaron creyendo que los estragos del fuego no se estenderían mas allá del Santuario, cuya destrucción deseaban. Como quiera que sea, seis meses despues del incendio los griegos reedificaron el Santo Sepulcro, pero en lugar de las columnas de corinto que

sostenían la cúpula, el arquitecto puso unas pilastras que le quitan su elegancia primitiva. En compensación de estos dispendios, los griegos se han apoderado de los principales Santuarios, á pesar de las reclamaciones de los religiosos latinos, que eran los únicos que muchos siglos habia tenían el privilegio de celebrar misa en el Santo Sepulcro y en el Calvario, no quedando ya á los latinos

mas que la capilla de la Virgen y la de la Magdalena. En 1829 los armenios alcanzaron los mismos privilegios que los griegos.

Las láminas que tanto de la vista exterior como de la interior de la Iglesia del Santo Sepulcro acompañan á estas ligeras noticias, formarán parte de una preciosa obra

pintoresca que con el título de la *Vida de Jesucristo* comenzarán muy pronto á publicar los señores Letre, dibujante, y Sierra grabador de las viñetas y editores de la obra, que traducida por el Presbítero Señor Roselló, tan conocido por su ilustracion, sin duda alguna obtendrá un éxito tan brillante como merecido.

LOS COROADOS INDIGENAS DE LA AMERICA MERIDIONAL.

La gran raza de los salvajes *Tapuyas* está considerada por los historiadores como la mas antigua del Brasil. Antes de ser vencida y arrinconada por los *Tupis* hácia el interior del país, ocupaba todo el litoral desde el rio de las Amazonas hasta el rio de la Plata. Los caracteres que la distinguen de las demas razas indianas parecen haberse conservado con mas particularidad en la tribu de los *Coroados*. Este nombre cuya verdadera significacion segun se deja inferir, es la de *coronados*, procede de la costumbre que antiguamente observaban estos indigenas llevando cortado el cabello en forma de círculo en la parte superior de la cabeza, formando una especie de tonsura ó reservando por el contrario un solo mechón de pelo, como hacen aun en la actualidad los salvajes *Botocados*, cuya mayor parte se encuentra en el Brasil.

A corta distancia de *Campos*, á orillas del *Paraíba* se encuentra un lugar enteramente poblado por *Coroados* convertidos al cristianismo. Otros individuos de la misma tribu habitan en los bosques inmediatos al *Rio-Bonito*: algunos fijos en la estremidad meridional de la provincia de San Pablo, tienen habitaciones construidas de madera ó de barro. Trabajan como jornaleros en las tierras de los propietarios brasileños: los menos civilizados se mantienen de la caza y viven en una especie de chozas cubiertas con hoja de palmeras.

A los rasgos propios de la raza americana, reúnen una fealdad particular, característica de su nacion: son de pequeña estatura; su cabeza chata y de una gordura enorme, se hunde en medio de anchurosas espaldas; su tez de color de hollín mate está llena de manchas de achioté: la mas completa desnudez hace descubrir mas horriblemente su desagradable suciedad: los cabellos negros como el azabache les caen á lo largo de las espaldas y una especie de embarazo estúpido, visible en su fisonomia y en los movimientos, descubre la idea que ellos mismos tienen de su inferioridad.

Cuando bailan se colocan en dos hileras, los hombres

delante y las mugeres detras; los primeros tienen su arco y sus flechas en una posicion vertical, y las mugeres que estan de lactancia conservan á sus hijos en los brazos. Así colocados, se ponen á cantar con un acento lúgubre y monótono, y al mismo tiempo dan principio á su danza. Avanzan en seguida unos trás de otros, marchando grave y mesuradamente, ora sobre un pie, ora sobre el otro; de este modo andan en línea recta como una docena de pasos, volviendo en seguida la hilera y encontrándose adelante los que estaban atras.

En las guerras entre los indigenas que en el dia han llegado á ser muy raras, los *Coroados* presentan á los europeos el espectáculo de las escenas terribles, que han debido ensangrentar tantas veces esta parte del suelo americano antes de terminarse la conquista.

El gefe dá la señal del ataque al son de la trompeta, y sigue tocando este instrumento guerrero hasta el momento en que quiere que cesen las hostilidades.

Durante el combate el gefe se coloca en un punto elevado que domina el campo de batalla, y si es preciso, se encarama sobre un árbol.

Su muger suele estar ordinariamente á su lado, lleva sus armas, y desempeña, por decirlo así, las funciones de escudero.

Cuando la trompeta cesa de tocar, todos los combatientes se agrupan en torno de su general, conduciendo los muertos y heridos.

Antiguamente los *coroados* acostumbraban á enterrar sus gefes en un inmenso vaso de tierra cocida, llamado *camucis*, que enterraban al pie de un árbol. Aun en el dia cuando se hace alguna escavacion suele encontrarse momias, vestidas con sus insignias y perfectamente conservadas. Hállanse por lo comun colocadas en la urna funeraria, de manera que presentan la actitud de un hombre sentado sobre sus talones, que es la posicion habitual de los salvajes cuando descansan. ¿Si querrán significar con esto que la muerte es un descanso eterno?



EL TROVADOR Y LA INFANTA.

NOVELA.

CAPITULO IV.

El Infante D. Enrique echó del Alcazar la turba de aduladores que rodeaban al Rey, para entrar en él otra turba de aduladores á su persona. Esceptuó de aquella regla á D. Alvaro de Luna, al cual permitió quedarse cerca del Monarca, bien por sus prendas nada comunes que le hacian respetable á los ojos de sus mismos enemigos, bien porque así cuadraba á sus miras amorosas, pues creía que en cambio de esta distincion que le dispensaba, se atraeria su grande influencia para con la Infanta. Los efectos civiles y politicos del trastorno fueron dejar sin libertad al Rey, al pueblo sin paz ni sosiego, y poner á unos cuantos hombres en los destinos vacantes por la espulsion de los fieles vasallos del Rey.

La fugitiva Infanta fué recibida con los brazos abiertos por las monjas que veian en ella una oveja lastimada por las halagos del mundo, que venia buscando el camino florido y sosegado del reposo y de la salvacion. Y allí al canzó algun reposo. Y ¿quién no lo alcanzará en aquel santo refugio que se mantenía sobre las pasiones y vicios que hervian en la sociedad, como la espuma sobre la superficie de unas aguas cenagosas y agitadas? ¿Quién no habia de hallar reposo y alegría en aquella mansion habitada por ángeles y vírgenes, en que no se oyen mas que místicas armonías y cánticos de alabanzas á Dios, en que no se respira mas que un aire embalsamado por el incienso que se ofrece á Dios, en que no se vé mas que una Iglesia, un altar y un Crucifijo? ¿Quién no habia de hallar consuelo en los brazos de aquellas castas criaturas que se acercan á Dios por la contemplacion, se comunican con él por medio de las oraciones, y no estan separadas del cielo mas que por la losa del sepulcro? Las blancas tocas enjugaron, pues, las lágrimas á la Infanta, y el agua bendita alivió las llagas de su corazon. Las de Mari-Barba cada dia eran mas hondas. ¿Por qué esta diferencia entre ambas? Porque Doña Catalina quiso firmemente curárselas procurando arrancar de su memoria el recuerdo del mundo, y Mari-Barba no deseó olvidarlo.

En el convento se estrecharon las relaciones que entre las dos existian; pues la Infanta iba poco á poco sofocando los celos que habian empezado á nacer en su corazon, y en Mari-Barba se disminuía el espíritu de rivalidad conforme veía aumentarse el apego de su señora á las paredes del claustro. Una y otra procuraron sin embargo renovar con inútiles conversaciones el recuerdo de aventuras pasadas. Pero queriendo un dia sondearse mutuamente, rompieron el silencio de este modo.

—¡Cuán otra estais! Señora, vuestros ojos recobran su antiguo brillo, y se rejuvenecen vuestras mejillas bajo las bóvedas frias del convento.

—¿Qué extraño es cuando se van calmando las agitaciones de mi alma? No parece sino que los sentimientos que la turbaban quedaron en la puerta de este santo asilo, cuando puse el pie en el claustro.

—¿Con que no pensais segun eso, trocar el sayal por las galas?

—No, Mari-Barba, el mundo es para mí apreciable por una cosa sola, y no quiero vivir en él por no padecer el continuo tormento de ver el abismo que entre esa cosa y yo existe. Además, la vida monástica que tanto me espantaba cuando la miraba desde lejos, con su soledad sombría, con su reclusion perpétua, con su eterna monotonía, ahora me agrada que la contemplo de cerca, que cruzo por ella. ¡Ay! allí fuera, aunque el cuerpo no está encerrado entre cuatro paredes, aunque tiene á su disposicion los valles y las montañas, lo está la voluntad por una sociedad exigente y caprichosa; y el espíritu agoviado por una atmósfera cargada de vicios: aquí aunque una angosta celda es el límite marcado á nuestro cuerpo, el espíritu es libre, vive en el espacio, y descansa en el cielo. ¿Qué necesidad, pues tengo yo del mundo? ¿No poseo aquí para vivir dichosa, un huerto para pasearme, cojer flores, y mirar desde él las nubes, la luna y las estrellas, para hablar una amiga, y un oratorio para ocupar mis ratos de ocio?

Preciso es decir no era verdad todo lo que decia la Infanta. Mas que el estado de su alma retrataban sus palabras el que consideraba que debía tener, el estado en que se hallaban las demas religiosas que le rodeaban. De todos modos la determinacion de Catalina descargó de un peso enorme á Mari-Barba, pues en adelante podia consagrarse toda entera al amor, sin hacer traicion á la amistad. Pero queriendo sondear un poco mas la doncella el corazon de su señora le preguntó.

—¿Y Manrique?

Esta sola palabra despertó los celos al parecer amortiguados, de Doña Catalina, y aunque á pesar suyo cierto sentimiento de rivalidad, pues si bien deseaba olvidar no podia avenirse con la idea de ser olvidada. La Infanta guardó silencio, silencio que le fué traidor como traidora le fué aquella pregunta á Mari-Barba. Esta decia con la pregunta: «amo al trovador,» y Doña Catalina decia callando; «yo lo he conocido.»

¿Y qué era el trovador?

Si hubiera vivido en nuestra época sin duda habría sofocado con la muerte su rabia al separarse de Doña Catalina. El se decidió á morir, si, pero de un modo mas provechoso, como entonces lo hacian los desesperados; en el campo de batalla. Cuando supó el refugio de su amada se aplacó un poco, y aun se dió por satisfecho, porque si así le quitaba toda esperanza de verla en sus brazos, también todo temor de verla en los de D. Enrique. Y razon es decir en este lugar en honor suyo, que nunca se decidió á ir á turbar su reposo al sagrado recinto. Pero una circunstancia imprevista vino á trastornar sus buenos proyectos. Supo que el Infante, menos delicado que él iba á mandar al convento un mensaje para rogar á su prima que saliera; entonces determinó precederle, é ir á avisar á su adorada y explorar su voluntad. Para hablar con ella tenia necesidad de verse con Mari-Barba. Negóse esta al principio á tomar parte en una empresa de tal naturaleza, alegando por causa el riesgo que el honor de ambas corria si llegaba á ser descubierto y la mudanza de Doña Catalina, que exageró no poco. La sagaz doncella hablando de este sentido consiguió su propósito, que no era otro que avivar á D. Manrique los deseos de ver á la Infanta para acceder entonces á su petición.

¿Qué razon tenia Mari-Barba para obrar de este modo?

La de presumir que el trovador iba á proponerle dejara las tocas y el claustro y saber casi á lo cierto que iba á recibir un desaire; y cada desaire de la Infanta al trovador era una concesion hecha en beneficio suyo, pues considerándolo en medio de ambas, creia que reprochándolo su rival vendria de rebazo, como si fuera una pelota, á votar en ella. Lo citó, pues al cabo, para las once de la noche al postigo del huerto; el que convino dejar entornado; y al despedirse le dijo;

He tratado de impedir esta entrevista por evitarte un desengaño. Tú has mirado la cresta de la montaña sin ver el muro que te separaba de ella. Créeme, Manrique, la hermana del Rey no es Maria, la que cogió contigo flores, la que subió contigo las colinas, la que tuvo en sus faldas tu cabeza en la cúspide de una roca á la puerta del sol.

Cuando el profano holló con su planta el sagrado pavimento, daban las once. Sobrecogióse de pavor al cruzar en hora tan siniestra aquellas largas y desiertas galerías, donde no se veia mas que su gigantesca sombra proyectada en toda la estension del pavimento por la escasa luz de un farol clavado en el extremo que se dejaba detrás, ni se oia mas que el acompasado ruido de sus pasos perdido en las bóvedas. Poco antes de llegar á la celda de la Infanta, que lo conoció por las señas que le habia dado Mari-Barba, se colocó para esperar á aquella en el hueco de una ventana. Su actitud estaba como una estatua en un nicho, su osadía, el silencio, la soledad, el reposo, las comparaciones que en virtud de todo esto naturalmente pasó á hacer entre el torbellino del mundo y aquel escondido y pacífico lugar, exaltaron de tal modo su viva y poética imaginacion que en su arrobamiento creyó rea-

lidades sus fantasmas é ilusiones. Tuvo miedo y se replegó cuanto pudo. Mas de pronto el silencio del viento que acababa de levantarse, quebrado en los postigos rotos de la ventana en que se apoyaba, estremeció de pavor su alma y le empujó hácia adelante. Echó á correr por los claustros lleno de supersticion sin detenerse á pensar qué causa podia haber producido el ruido, ni que los fantasmas que le acosaban eran su sombra multiplicada por su fantasia. Despues de algunas revueltas al pasar por un claustro un poco mas estrecho que los demas, un coro de voces vino á sacar á Manrique de su enagenamiento para hacerle caer en otro mas dulce, mas plácido, mas celestial. Las angélicas armonias que se destacaban como encantadamente del silencio y la oscuridad retumbaban en lo mas hondo de su pecho, y bañaban su alma en una corriente de ilusiones deliciosas. Acercóse á la parte de que salian las tiernas melodias, empujó una puerta y cayó de rodillas á la vista de la escena mas santa y devota. Descubriase á lo lejos al ténue resplandor de las lámparas, la nave de la Iglesia encerrando las sombras de las estatuas y de los altares cual si fuera la tumba de la religion, y en el coro velanse prostradas las vírgenes del Señor, rezando maitines y acompañándose con psalterios. ¡Puras doncellas, orad por nosotros en el límite del mundo por habernos arrojado con nuestras iniquidades de su seno! En él nunca hubiérais llado mas que una espina, una llaga y una lágrima.

Desde allí vió Manrique á Doña Catalina, inclinada hasta el suelo su cabeza, poco antes rodeada de majestad, y humilde le pareció mas hermosa.



Concluidos los maitines volvió Manrique al hueco de la ventana, y al pasar por delante la Infanta se presentó á ella repentinamente; Doña Catalina no pudo contrariar el impulso de su corazon, y se arrojó en los brazos

de su amante, cuya presencia esparció la ceniza que había caído en el ascua de su amor, y en ellos permaneció reclinada hasta que pasados los primeros transportes de la súbita alegría, se apartó sobresaltada de su imprudente arrebató.

—¿A donde vas? Manrique, le dijo despues de haberlo mirado un breve rato fijamente.

—Vengo á salvarte, alma mia, le contestó el poeta con la mayor ternura.

—¿A salvarme?... pues que peligro me amaga?

—D. Enrique va á enviar un emisarió á por tí.

—Es en valde. Tan fácil será sacarme de aquí, como al viajero de la nave en que vá cómodamente para que se arroje al mar y haga su travesía surcando á nado las olas.

—Catalina, saliendo de aquí conmigo, te serviría de nave la tabla de mi pecho, mi corazon seria el remo, y el norte nuestro amor. Dí, Catalina, no vale mas que nos sepultemos juntos en una gruta vestida de yedra y de flores, sombreada por las copas susurrantes de los pinos, refrescada por los arroyos y las nieblas, que tú sola en un sepulcro de mármol que repele el eco de tus suspiros otra vez á tu corazon.

—¡Manrique, por Dios! dijo Catalina estrechándole las manos.

—Catalina, por última vez ¿sigues al trovador?

—No.... Por Dios....

Una muger jamás consiente de palabra. La Infanta no se hubiera resistido, si entonces hubiese tirado de ella Manrique. Bien lo conoció él, pero queria 'por capricho de su amada el sacrificio de un sí esplicito. Como no lo obtuvo, soltó con tibieza su mano.

¡Arcanos del corazon! y dijo:

—Tarde lo veo.... Una Infanta no es Maria, la que cogió conmigo flores, la que subió conmigo las colinas!

Manrique desaprovechó el cuarto de hora de Catalina, y esta tomando por desaire la condueta fria del fogoso poeta, se llenó de majestuosa indignación; la cual subió de pronto viéndose rebajada en una comparacion con su doncella. Acordándose entonces que era Infanta se retiró á su celda sin mirar al hombre que sacó del polvo y honró con su amor.

En vista de tal conducta no quedó la menor duda á Manrique de que habia sido un juguete de la Infanta, ó por lo menos su amor un capricho ó pasatiempo; cuya certeza confirmaban los avisos y consejos de Mari-Barba. Mas queriendo vengar su amor tan cruelmente ofendido manifestando que su orgullo rayaba tan alto como la majestad de la infiel Catalina, se decidió á mostrarse ante ella, indiferente á sus desprecios, y aun insultante, obsequiando á la compañera de su infancia.

Al despedirse aquella misma noche, la acarició mas que de ordinario, aunque violentándose en sumo grado. En su sonrisa forzada vió, sin embargo Mari-Barba la señal primera de su triunfo.

—¿Lo ves?... le dijo maliciosamente Manrique, hace mucho tiempo que preví este desenlace. ¿No te deslumbra su nombre? Esas gentes rara vez aman.

—Tambien se engañan con frecuencia, Maria; respondió el trovador con amargura, ven respeto donde no hay mas que ceremonia; y amor donde no hay mas que respeto.

—¿Y quién de vosotros ha sido el engañado?

—¿Quién? los dos quizá.

Estas últimas palabras las oyó Doña Catalina, que venia buscando á Mari-Barba.

MIGUEL LOPEZ MARTINEZ.

REVISTA DE LA SEMANA.

Habiendo terminado la temporada de teatros con la última semana, poco habrá de ocuparnos hoy esta sección de nuestra revista.

Diremos sin embargo, dos palabras sobre el beneficio de la señora Rosseti, última función de la Cruz verificada el sábado de la semana precedente.

La concurrencia que asistió á este concierto era tan numerosa que ni una sola localidad se hallaba desocupada. Por un accidente inesperado no pudieron cantarse todas las piezas anunciadas en el programa; habiéndose indispuerto las señoras Tossi y Rafaelli, la función quedó en parte deslucida y el público defraudado en una de sus mejores esperanzas, la de oír por última vez á estas distinguidas cantantes.

En las piezas que se cantaron, lucieron los demas actores las dotes que les distinguen, y aunque algunas de aquellas eran demasiado conocidas del público, no por eso agradaron menos. La cavatina de la *Linda* valió á la señora Rosseti un corona de flores, y el duo que cantó

despues con Moriani fué ejecutado admirablemente, teniendo que repetir el alegre á petición del público.

Los señores Salas y Carrion desempeñaron con mucha gracia la tan conocida escena de la *Pendencia*. La señora Chimeno y los señores Moriani y Ferri se hicieron dignos de los aplausos que tantas veces han obtenido en el teatro de la Cruz.

Terminados por este año cómico los espectáculos de este género, solo se piensa en las próximas festividades de Semana Santa, y unos se marchan á Toledo, otros á Sevilla y no falta quien haya emprendido el viaje á Roma para celebrar esos solemnes días que recuerdan lo mas bello que hay para la miserable humanidad, el rescate de su eterno destino.

El miércoles se celebró en esta corte el entierro de un alumno de la escuela especial de Arquitectura, costeado por sus compañeros. Este rasgo merece ciertamente nuestros mas sinceros elogios, pues él solo demuestra los progresos de ese espíritu de fraternidad, y de mútuo

apoyo con que deben mirarse los individuos de todas las clases en sí, espíritu muy conforme además á las tradiciones de nuestro país.

Al paso que mencionamos este hecho con satisfacción, también tenemos que anunciar con no menos gusto la condecoración con que S. M. se ha dignado premiar el mérito del célebre artista Napoleón Moriani, haciéndole Caballero de la Real y distinguida Orden de Isabel la Católica. Esta gracia tiene doble recomendación, al recaer en un extranjero que tuvo la generosidad de ceder á nuestros establecimientos de caridad los productos de su beneficio.

A continuación ponemos la lista de los individuos que forman la compañía lírica y orquestas de la ACADEMIA REAL DE MUSICA en el próximo año cómico de 1846 á 1847.

Primeras damas absolutas. Doña Emilia Tossi, Doña Corina de Franco.

Primeras damas. Doña Josefa Chimeno, Doña Carlota Villó, Doña Catalina Mas Porcell.

Otra primera. Doña Adelaida Latorre.

Segundas damas. Doña Jacoba Gamarra, Doña Emilia Moscoso, Doña Máxima Gariton.

Primer tenor absoluto. D. Jeremías Bettini.

Primer tenor. D. Manuel Carrion.

Otro primero. D. Antonio Aparicio.

Primer bajo cómico absoluto. D. Francisco Salas.

Primer bajo cantante absoluto. D. José Mirall.

Primeros baritonos. D. Francisco Calvet, D. Vicente Barba.

Primer bajo profundo absoluto. D. Francisco Oller.

Primer bajo. D. Joaquin Becerra.

Segundos tenores. D. Santiago Figueras, D. José de la Cámara.

Segundo bajo cómico. D. José Alverá.

Segundos bajos. D. Manuel Berdalonga, D. Joaquin Gutiérrez.

Maestro director y compositor. D. Joaquin Espin y Guillen.

Maestros de coros. D. Antonio Oller, D. Joaquin Gaztambide.

Director de escena. D. Francisco Salas.

Apuntadores. D. José García, D. Gerónimo de la Cámara.

Traspuntes. D. Antonio Bagá, D. Juan Pedro Lopez.

Cuerpo de coros.

Primeros tenores. D. Epifanio Martínez, D. Miguel Campos, D. José Florez, D. Martín Ruiz, D. Francisco Alonso, D. José Alvarado, D. Tomás Sanchez Rubio, D. Diego Herrera, D. Antonio Rivero, D. Carlos Marron y D. Manuel Soto.

Segundos tenores. D. Carlos Vecchi, D. Rafael Huguet, D. José Gonzalez, D. Simeon Aguirre, D. Sebastian Gallegos, D. Luciano Galan, D. José Roveli, Don Francisco Fuentes, D. José María Arraez, D. Ventura Marin, D. Mariano Martínez.

Bajos. D. José García, D. Ceferino Aza, D. Ramon Dominguez, D. Francisco Paredes, D. Juan Manuel Cáceres, D. Pedro Briones, D. Tomás Martín, D. Anacleto Diaz, D. Miguel Martínez, D. Federico Villó, D. José Hernandez, D. Pascual Tejeiro, D. Eduardo Unánue.

Tiples. Doña Margarita Antunez, doña Benita Rodriguez, doña María Dominguez, doña Amalia Fernandez, doña Felisa Saravia, doña Francisca Echaury, doña Juana Serrallonga, doña Flora Calero, doña Gertrudis Bailon, doña Beatriz Sieyes.

Contraltos. Doña Jeseña Antunez, doña Gavina Andujar, doña Vicenta Dominguez, doña Teresa Caballeria, doña Dionisia Feijas, doña Matilde Fernandez, doña Teresa Fernandez, doña Casilda Espinosa, doña Josefa Alonso, doña Juana Aragon, doña Rafaela Molina.

CARICATURAS.



(Un tiro errado; pero no perdido.)